

CRISTIANISMO Y POLITICA UN MEMORANDUM Y UNA CARTA⁽¹⁾

A sus ochenta años de edad J. L. HROMADKA es una de las figuras más destacadas de la teología protestante y su influencia sólo es comparable a la de Karl BARTH, recientemente fallecido. Abierto desde antiguo a las preocupaciones ideológicas y a las realizaciones políticas del marxismo no sólo ha sido uno de los pioneros del diálogo con el comunismo sino que ha colaborado lealmente con él en muchos terrenos. Por ello ha ocupado desde su fundación la presidencia de la Conferencia Cristiana de la Paz, de clara orientación filo-comunista. En la Conferencia están representadas la iglesia ortodoxa rusa, las iglesias protestantes de países comunistas y algunas, pocas, iglesias protestantes de occidente (baptistas). El documento que publicamos es un memorándum enviado por HROMADKA a la reunión del Secretariado de la Conferencia (octubre de 1968) después de la invasión de Checoslovaquia. A consecuencia de este memorándum y de la respuesta del Metropolitano de Leningrado, NICODIM que publicamos a continuación, la Conferencia Cristiana de la Paz ha entrado en crisis.

Aparte de su interés intrínseco esta correspondencia puede ofrecer un provechoso tema de meditación a los que creen, ingenuamente que basta con desvincular al cristianismo del capitalismo para que terminen sus problemas políticos.

MEMORÁNDUM DE HROMADKA

"En un momento de suma excitación el 22 de agosto de 1968, escribí la siguiente carta al embajador soviético S. W. TSCHERVONENKO:

Sr. TSCHERVONENKO, embajador de la URSS en Praga.

Señor Embajador:

En el año 1958 fui honrado en la sala Suverdlovskaya del Kremlin moscovita con la concesión del premio Lenin para la amistad entre las naciones y la paz. Hay pocas personas en nuestro país, que sientan una tal

(1) Traducción de los documentos de F. FERNÁNDEZ TURIEÑO. Introducción de M. S.

devoción para el pueblo de la Unión Soviética como yo. Innumerables veces visité su país junto con mi mujer, invitado por amigos soviéticos. Tengo un gran número de amigos en el Movimiento para la paz y en la iglesia rusa ortodoxa de la Unión Soviética.

En los últimos años me sentía muy alarmado por el temor de que el gobierno—anterior a enero—de nuestro estado destruyese el amor de nuestro pueblo para la Unión Soviética, que el partido comunista perdiese su autoridad y que la estructura de nuestra sociedad socialista se encontrase en disolución como consecuencia de la incapacidad política, económica y cultural de nuestra dirección del estado y del partido.

El proceso de renovación empezado en enero, significaba un intento extraordinario de fortalecer la autoridad del partido comunista, de despertar en nuestro pueblo la responsabilidad por la construcción del socialismo, de renovar el amor hacia el pueblo soviético y de hacer de la causa del socialismo una fuerza dinámica en la vida internacional.

Yo sabía que nuestra evolución no era bien comprendida en la Unión Soviética. En mis viajes al extranjero me preguntaban continuamente si no temía una intervención soviética. Pero mi respuesta era que esto me parecía imposible, ya que valoro muy alto el juicio político de los jefes soviéticos.

Por esta razón vivo la ocupación de los cinco aliados vecinos socialistas tan dolorosamente. Mi sentimiento más profundo es decepción, dolor y vergüenza. No hay tragedia más grande en mi vida que este acontecimiento. En este sentido estoy conmovido de modo parecido a como lo está Alexander DUBCEK, que ha sufrido heridas tan profundas de sus mejores y más queridos amigos—los camaradas soviéticos—.

Temo que haya pasado algo irreparable en nuestro pueblo: La pérdida del amor y de la veneración hacia el pueblo soviético no se podrá reparar en muchos decenios. El lazo de la amistad Checo-Soviética ha sido destruido. Existe el peligro de que el amor de nuestro pueblo se convierta en odio y de que nuestros amigos más próximos aparezcan como nuestros enemigos.

El gobierno soviético no podía haber cometido error más trágico. Es una desgracia incommensurable. El peso moral del socialismo y del comunismo ha sido dañado para largo tiempo. Sólo una retirada inmediata de las tropas de ocupación podría—al menos en parte—suavizar nuestra desgracia común.

Quiero repetir que esta carta fue escrita en un momento de máxima excitación y con una sensación de honda amargura. Estoy contento de poder escribir ahora con relativa calma interior, pasados ya unos días desde la ocupación, aunque no hayan desaparecido ni la desilusión ni la amargura. De todos modos, soy consciente de mi responsabilidad como presidente de la Conferencia por la paz y como viejo teólogo evangélico, al ofrecer cuando menos, una pequeña aclaración sobre el motivo que me indujo a dirigir al diplomático soviético la carta que ustedes han podido leer.

¿HE SIDO UN COLABORACIONISTA?

Desde enero de este año, es decir, desde que comenzó el llamado proceso de reforma del estado y de la vida cultural (en Checoslovaquia), me veo frente a dos interpretaciones de lo que he hecho durante los dos últimos decenios: muchos amigos, sobre todo extranjeros, me visitan y felicitan por ciertos resultados favorables de mi actividad. Pero muchos otros, principalmente en mi propia patria y en mi propia Iglesia, descubren de pronto en mí a un viejo QUISLING,¹ a un hombre de la antigua era stalinista y me llaman a cuentas. (Uno de mis antiguos y jóvenes estudiantes me reprochaba en su carta que por mi actitud positiva hacia el comunismo en la Unión Soviética y en nuestra patria, "había llevado al protestantismo checoslovaco a la descomposición moral y al embotamiento político".)

I

NUEVAS PREGUNTAS

En la sesión del comité de trabajo de la Conferencia, que tuvo lugar a comienzos de octubre, nos vimos ante la difícil tarea de tratar el tema de la ocupación de la República Socialista de Checoslovaquia por cinco estados socialistas y de perfilar una actitud frente a ella. Es un acontecimiento de alcance tan internacional e histórico, que no podíamos callar.

Tengo en mi mente a los hermanos y colaboradores en las Iglesias y Estados que nos han ocupado. A lo largo de muchos años hemos luchado para hacer oír las voces de los cristianos de Europa Oriental y para que la autenticidad de nuestro testimonio espiritual tuviera eficacia en la comunidad cristiana internacional y en las relaciones humanas. Nos hemos conocido unos a otros en nuestro trabajo y también personalmente, y no nos será fácil olvidar los años de comunidad fraterna. Pero la fecha del 21 de agosto nos ha llevado a una situación completamente nueva y distinta. ¿Podremos encontrar en el futuro un lenguaje común y convivir estrechamente unidos unos con otros, en mutua confianza y respeto?

Es éste un interrogante que oprime, pero que todos debemos proponernos. Y únicamente después de cuidadoso estudio, estaremos en condiciones de responder a él.

Pero también veo ante mí a los amigos de los países occidentales y a los pertenecientes a los Estados del "Tercer Mundo". Recuerdo con gratitud que ellos nos dieron la mano en nuestra común lucha espiritual, en la atmósfera de la guerra fría, de la desconfianza internacional y de las sospechas. Lo hicieron valerosamente, aun en los casos en que no cesaban

1. Vidkun QUISLING, político y estadista noruego, fusilado en 1945 por colaborar con los nazis. (N. del T.)

de oír en sus propias Iglesias y en sus propios países, que nuestra Conferencia era una organización al servicio de la propaganda oriental y que ayudaba a infiltrar en las naciones libres el espíritu de la tiranía socialista.

Sabemos, por discursos públicos y por cartas personales, que sus simpatías estaban, casi unánimemente, del lado de las corrientes progresistas y que, mediante su cooperación, querían tender un puente entre las posiciones enemigas. Su cooperación con nosotros ha estado y continúa estando al servicio de la verdadera comprensión mutua entre las naciones, del verdadero señorío de la justicia, de la libertad, la humanidad y la gracia. Los sucesos de agosto han conmovido su confianza en la sociedad creadora y en la coexistencia pacífica de las naciones.

¿Cómo podremos salir de esta terrible crisis que se ha cernido, de forma tan terrible, sobre el corazón de Europa? ¿En qué aspectos será necesario revisar nuestras ideas, objetivos y métodos? Se puede decir sin duda que el "shock" producido por los sucesos registrados en Checoslovaquia, no es comparable, por lo que se refiere a su alcance y crueldad, a los sombríos acontecimientos del Asia Oriental o a los de algunos países africanos. Pero las dimensiones políticas, morales y psicológicas de la crisis checoslovaca son tan ingentes, que en este sentido igualan a la grave crisis que sobrevino después de la Segunda Guerra Mundial.

No se trata solamente de una controversia interna o familiar, librada entre Checoslovaquia y sus cinco antiguos amigos y aliados. La cuestión que se impone es si el socialismo será *capaz de desarrollarse en forma creadora y de influir en la comunidad mundial, principalmente en la joven generación, mediante la aportación de ideas convincentes, de apertura moral y de sabiduría política.*

¿No estaremos en peligro de que el socialismo pierda su capacidad de atracción, su peso y su lealtad, por haberse dado paso a los intereses del poder, a la manipulación política, a la vaciedad del pensamiento y haberse hecho incapaz de comprender al individuo y a la nación en sus anhelos más íntimos y en su lucha en favor de la plenitud de la vida humana?

Los sucesos del 21 de agosto y días sucesivos nos instan a nosotros, los que confesamos el evangelio, a que examinemos puntualmente la situación histórica en que vivimos, si hemos de estar en condiciones de liberarnos, tanto en nuestro pensamiento como en nuestras decisiones, de toda suerte de formalismo que lastra nuestro trabajo y que tantas veces nos ha impedido hablar de corazón a corazón, de entendimiento a entendimiento, de persona a persona.

II

LO QUE SIGNIFICABA LA UNIÓN SOVIÉTICA

Después de la Segunda Guerra Mundial y al regresar de los Estados Unidos, expuse públicamente la opinión — tanto en mi patria como en la "ecumene" — de que Europa Oriental y la Unión Soviética serían — juntamente con el mundo occidental — los implantadores y creadores del orden

mundial, y que el Occidente había dejado de ser el criterio único en lo concerniente al progreso espiritual, social y político. Las catástrofes que sobrevinieron desde 1939 hasta 1945, destruyeron la situación de privilegio de las naciones que hasta entonces habían sido pilares del orden internacional y sustentáculo de la evolución intelectual y cultural. No pretendía elaborar una filosofía de la historia, sino que quería que la humanidad (y especialmente las iglesias cristianas) tomaran en serio las consecuencias de las dos guerras mundiales, la Revolución de 1917 y el derrumbamiento del poderío colonial de las potencias occidentales.

Sentía la inquietante impresión de que la mayoría de los cristianos de los países occidentales, e incluso de nuestro propio país, no había visto aún el alcance de la revolución mundial y de las catástrofes de guerra, de que ni en su fe personal y en la actividad de la Iglesia, ni al adoptar decisiones políticas, habían luchado con bastante energía con la situación en la que nos había puesto el Señor de la historia, el que domina sobre nuestra vida y sobre nuestra muerte. Escribí repetidas veces sobre esto y no necesito repetir ahora lo que entonces dije y escribí. Pero quisiera subrayar en pocas palabras los motivos que me indujeron a tomar mi decisión.

El pueblo soviético se levantó victorioso de la catástrofe de la guerra, aunque le había costado horribles sacrificios en vidas y bienes materiales. Sus sufrimientos fueron mayores, tanto por sus proporciones como por su hondura, que los sufrimientos de las otras naciones. El inmenso territorio que se extiende desde Polonia hasta los Urales quedó destruido. El hombre ruso se sintió conmovido hasta lo más profundo de su vida espiritual.

Pero el mundo occidental comenzó a sentir temor ante la posición de gran potencia que iban tomando los soviéticos y poco después de 1945 llevó a cabo varios intentos para privar al pueblo ruso de los frutos de su victoria. He observado sistemáticamente estos intentos, primeramente en América y después en mi patria. En mis pensamientos y en mi corazón me ponía del lado de la nación soviética, aunque yo mismo había advertido, desde el principio, sobre el peligro que significan su mentalidad, el poder conquistado por el derramamiento de sangre y la estructura conjunta de la idea comunista acerca de las relaciones entre el individuo y la sociedad.

Era consciente de un hecho, a saber, que la Unión Soviética atravesaba, bajo la dirección de STALIN, por las serias consecuencias, políticas y morales, de la revolución, de la guerra civil, de la dictadura y por el estado de agotamiento interior, motivado por la guerra. Pensaba con temor en la posibilidad de que se viese privada de los éxitos logrados gracias a su reconstrucción social revolucionaria, que le ayudó a superar la tremenda prueba de la catástrofe bélica.

Tal disolución de los éxitos revolucionarios soviéticos, no podría cumplirse, supuesto que fuese posible, más que a costa de nuevos y aterradoros sufrimientos en Europa oriental y acaso en toda la humanidad. En mi decisión subrayé, como especialmente importante, la humanidad que caracteriza al hombre soviético, la necesidad de comprenderlo a fondo y de defen-

derlo frente a cualquier intento, por parte de las potencias occidentales, de proseguir su política antisoviética.

RUSIA Y EUROPA

Desde mis tiempos de estudiante, vengo observando la revolución rusa en relación con la lucha, espiritual e intelectual, de los escritores rusos, desde PUSCHKIN y BELINSKY hasta DOSTOIEWSKI, TOLSTOY, GORKI, BÉRDIAEF. La nación checa y la eslovaca tenían puestos sus ojos en el oriente ruso. Todos los grandes caudillos de la moderna lucha por nuestra nación y su futuro, de la lucha por el sentido de su existencia nacional, habían estudiado la cuestión rusa con celo, cariño y comprensión.

Tal vez se deba a esto el que en Checoslovaquia estuviéramos mejor dispuestos que cualquier otra nación de Centroeuropa o de Europa oriental, para colaborar con los pueblos de la Unión Soviética. Nosotros, checos y eslovacos, formamos parte, intelectual, eclesiástica y culturalmente, del occidente de Europa y la estructura íntima de nuestras naciones se diferencia de la mentalidad del hombre ruso. La historia rusa debe más a Bizancio y al contacto con los países asiáticos que a Roma y a Europa occidental.

QUERÍAMOS A LOS RUSOS

Sin embargo, la cultura, la música y la literatura rusas, así como el sufrimiento histórico del pueblo ruso, nos acercaron íntimamente, ya a partir de la Edad Media al pueblo ruso (desde 1917: soviético). Guiado por una convicción interior, hice ver a nuestras iglesias, que nuestra gran misión en la nueva situación histórica después de 1945 (y principalmente después, ya en 1948), consistía en trabajar, llenos de esperanza y en colaboración con las naciones soviéticas, por nuestra reconstrucción social, y no en volver los ojos a los tiempos anteriores a la guerra ni en fijarse en las ventajas occidentales, sean políticas o materiales; les induje a pensar que ya no se podía creer en la posibilidad de trabajar y reconstruir en el orden político, como si no hubiese existido la Segunda Guerra Mundial.

(Mucho me ayudó — filosófica, intelectual e incluso políticamente — un hombre, que como gobernante durante la primera república, se enfrentó al comunismo y a sus intenciones revolucionarias, pero que, al mismo tiempo, dedicó gran parte de su esfuerzo intelectual a estudiar el país ruso, su literatura, filosofía y política y abrió nuestros ojos al drama espiritual de Rusia; que nos hizo entender la contribución de los pensadores rusos y de sus luchas sociales y políticas, así como la evolución de la moderna sociedad. Me refiero a T. G. MASARYK.

El anticomunismo vulgar puede aprovecharse de él y citar libremente lo que él dijo allá por los años veinte. Pero cualquiera que haya examinado detenidamente su interés espiritual y cultural por la revolución, y sepa cómo se incrementó su interés por la Unión Soviética en los comien-

zos de los años treinta y en vista de la amenaza de los planes nacionalistas y agresivos de nuestro vecino más inmediato, comprenderá mi afirmación de que T. G. MASARYK fue quien me dispuso a adoptar una actitud comprensiva frente a los éxitos sociales de los soviéticos.

Es un hombre perteneciente sin duda a la época de antes de la guerra, dentro de la humanidad moderna. Pero también fue un incalculable error y una falta de perspicacia por parte de la política comunista oficial, practicada en nuestro país después de 1948, el que nosotros no pudiéramos continuar la obra de MASARYK, el que un comunismo en exceso simplista le tuviera por enemigo, el que se hayan olvidado sus hazañas intelectuales, culturales y políticas en los años cincuenta y a comienzos de los sesenta. Nuestros comunistas perdieron el contacto, en la mayoría de los casos, con los sentimientos más profundos del hombre checo y eslovaco; fue preciso que llegasen al desierto de la vaciedad intelectual y política para descubrir nuevamente a MASARYK, casi sin crítica, al final de los años sesenta.)

SOCIALISMO DESPUÉS DE 1948

La desgracia de nuestras primeras andanzas después de 1948 fue que nuestros dirigentes políticos estuvieran excesivamente dominados por el poder político y la presión gubernamental, ejercidos por la maquinaria soviética del partido. En la Unión Soviética se vieron absorbidos, tanto el celo revolucionario como el entusiasmo socialista y patriótico, por los horribles padecimientos de los años que duró la guerra civil hasta 1945. A esto es preciso añadir las tensiones internacionales, la inseguridad de después de la guerra y el temor a los dirigentes. Ninguno de nosotros está en condiciones de explicar el sombrío fenómeno del stalinismo.

SOCIALISMO SIN HOMBRES

No conozco en todas sus dimensiones ni el trasfondo histórico ni el psicológico de este período. Lo único que sabemos hoy es que, inmediatamente después de la guerra, la atmósfera reinante en la Unión Soviética afectaba a nuestra vida política. Seguimos sin descifrar un enigma, a saber, cómo es posible que pudiese aparecer un fenómeno tan monstruoso, cual es el de nuestros procesos políticos durante los años cincuenta.

No pretendo rebajar, ni la actividad, ni la seriedad y entrega de todos los dirigentes comunistas; ni sembrar el descrédito, principalmente, contra las masas de comunistas serios que hay en el país. Sin embargo, el dogmatismo vacío, la presión gubernamental y una falta de cultura política, fueron llevando paso a paso hasta el fallo de nuestra economía, a un descenso del interés político, de la moral de trabajo, del verdadero entusiasmo por una sociedad socialista en desarrollo y de la simpatía por el pueblo soviético. Se ordenó a nuestro pueblo que reverenciara a la Unión Soviética. Nuestro pueblo fue dirigido por dominadores de partido, política y huma-

namente purgados, que no eran lo suficientemente prudentes como para dejar paso a nuevas energías.

Se implantó un nuevo orden socialista, se erigió el edificio socialista. Pero nosotros, como he dicho repetidas veces, no estábamos en condiciones de colocar en este marco un hombre con conciencia socialista. En la raíz del verdadero comunismo hay siempre un deseo de liberar al hombre en su contorno político, en su vida personal y social. Lo que estaba en juego era la plenitud de la naturaleza humana y de las relaciones verdaderamente humanas. ¿Cómo fue posible que se debilitasen los valores humanos y morales más elevados y que fueran aniquilados paulatinamente?

Así como el Gran Inquisidor de DOSTOIEWSKI tenía miedo de Jesús y lo despidió, de la misma manera aplastó la maquinaria del partido — teoría seca y fría y temor al pensar libre y a la conciencia — la llama del entusiasmo, la alegría en el trabajo y la responsabilidad.

Espero ser comprendido: la reconstrucción de la sociedad soviética, a partir de 1917, sigue siendo, a pesar de sus fallos, opresión y crímenes, un gran fenómeno histórico. Antiguamente, sólo una pequeña minoría de la inteligencia, de la nobleza y de los dirigentes, se aprovechaba de los tesoros de la cultura. Hoy día son muchos los millones de hombres que viven, tanto en las aldeas como en las ciudades, de la riqueza cultural de su historia y se sienten libres en la construcción de su sociedad.

No podemos enjuiciar nuestro proceso histórico a partir únicamente de sus faltas y deficiencias. El nivel que ha alcanzado nuestra sociedad socialista es inimaginable sin la capacidad de acción de nuestra clase trabajadora, de nuestros campesinos, de nuestra inteligencia científica, técnica, artística y pedagógica. Tampoco debemos olvidar a nuestros escritores y periodistas.

El deseo de diálogo por parte de los que piensan entre nuestros comunistas, diálogo entre sí y también con nosotros, los cristianos, pone de manifiesto que bajo la presión del aparato estatal, bajo la teoría desgastada y en una atmósfera de desconfianza y apatía, sigue latiendo el corazón de un socialismo vivo y creador.

El manantial de aguas vivas no se ha secado por completo. Buena prueba de ello son las voces, cada vez más perceptibles, que clamaban por un cambio en el sistema, para que se librase al comunismo de la camisa de fuerza de la máquina estatal, de la inmovilidad política, del miedo y de la limitación dogmática de la libertad de pensamiento.

PRIMAVERA DE 1968

Únicamente desde estos presupuestos se puede enfocar correctamente el cambio introducido en nuestra atmósfera política a finales de 1967 y comienzos de 1968. El cambio vino más rápidamente de lo que nos hubiéramos atrevido a sospechar, pero no de improviso. Venía preparado por ciertos desasosiegos en los círculos comunistas, por el levantamiento de los escritores, por el hambre y sed espirituales de los comunistas y de los no

comunistas, de los cristianos y de los no cristianos. Se estaba gestando una verdadera revolución en favor de un socialismo más auténtico, creador y humano. *Era un paso hacia adelante, no hacia atrás.*

Este nuevo proceso no nació bajo la acción de agentes exteriores, sino interiores, pues comenzó en el seno del mismo partido comunista. Es absurda la sospecha de que se trataba de un proceso de pérfida infiltración, el resultado de las maquinaciones antisocialistas e imperialistas.

El mismo partido comunista tuvo el valor de ladear a los viejos políticos, de sacar a luz pública todo lo espantoso que había sucedido durante los últimos veinte años. Es seguro que el valor personal tuvo mucho que ver también en esto. Nadie estaba cierto de cómo terminaría este experimento.

Sin embargo, terminó con la victoria de todos aquellos que, como comunistas, se atrevieron, entregados a los objetivos comunistas y llenos de amor al socialismo puro, a enfrentarse abiertamente a todo lo que era contrario al hombre y a la evolución socialista, desde comienzos de los años cincuenta. No se podrá valorar plenamente hasta el futuro, lo que significa, que los verdaderos comunistas hayan mostrado al desnudo todos los fallos, e incluso crímenes, de los dirigentes del partido y hayan puesto en juego la autoridad, el prestigio y el aprecio de su partido.

En este sentido, podemos referirnos también al hecho de que los representantes del antiguo régimen hayan quedado personalmente intactos. Únicamente se vieron relegados a la periferia del partido o excluidos de él.

Hoy hablamos fundadamente de la "primavera de enero" que vivió nuestra sociedad. La consigna de Alexander ДУБЧЕК sobre el socialismo de aspecto humano, se hizo popular. Realmente se dio un paso para alimentar a los hombres con pan vivo, no con "slogans" secos, ni directivas de la burocracia del partido.

Los iniciadores y portavoces de este proceso de renovación, sabían que el paso aventurado por ellos podía exacerbar a los grupos o individuos reaccionarios y antisocialistas y ofrecerles esperanzas. Pero toda acción valerosa es arriesgada. La generación joven, concretamente la que había crecido bajo la opresión del antiguo y desecado régimen, no siempre acertaba a encontrar la expresión adecuada para sus ideas, y para todo lo que sucedía en nuestro país; no siempre encontraba el justo equilibrio. Ninguna gran verdad sale a luz si no corrige un error a los ojos de los hombres; tampoco cuando las ideas falsas se superan por medio de la fuerza, del mandato o del poder, sino por la convicción libre.

Tal vez hayan creído algunos, en nuestra propia patria y en el extranjero, que había llegado el momento, tan esperado por ellos, de luchar contra el socialismo. Yo mismo he leído gran cantidad de periódicos y revistas extranjeras, en los que se abrigaba una gran esperanza, de que Checoslovaquia tornaría al concierto de las naciones burguesas. Pero sucedió algo que sorprendió incluso a los escépticos, cuyas esperanzas de renovación para nuestra vida política se habían esfumado ya. El partido comunista ganó todavía más la confianza de nuestra sociedad, por el valor que había demostrado.

Su antiguo poder y su autoridad forzada se transformaron en autoridad verdaderamente humana y moral. El pueblo comenzó a creer que el comunismo no solamente equivalía a paternalismo, directivas del poder, presión estatal y manipulación, sino que también es o puede ser justamente lo que soñaban los padres del movimiento comunista y por lo que lucharon. El partido siguió manteniendo las riendas de la vida política. No tuvo miedo de la libertad ni de la discusión.

Salió a luz lo que de opresión y disciplina formal se había ocultado; la situación en aquellos días de la "primavera de enero" se hizo naturalmente más compleja. Pensemos que una vida sin censuras ni directivas exige mucha mayor sabiduría, apertura, tacto, conocimiento de los hombres y mucho más esfuerzo espiritual y madurez política, que la vida bajo un régimen policiaco y de censura.

Pero también podemos decir que nuestra vida pública se hizo desde enero de 1968, más sana, más creadora, más agradable de lo que había sido antes. Basándome en mis contactos con otros países socialistas, me atrevo a asegurar que en nuestro pueblo checoslovaco había menos elementos antisocialistas y anhelos contrarrevolucionarios, que en el pueblo de los países, cuyos ejércitos nos han invadido.

Pero también hemos de ocuparnos de otro aspecto de este proceso de renovación. Ya me he referido a él: la actitud de nuestro pueblo ante la Unión Soviética y sus habitantes ha perdido mucho de su antiguo cariño y adhesión humana. Algunos amigos soviéticos me han dicho repetidas veces que nuestro pueblo se había enfriado mucho en su amor a la Nación Soviética, a su cultura y literatura y en su confianza en la dirección política de los soviets. Yo mismo he notado algo de esto, precisamente porque mi actitud frente a la Nación Soviética y hacia el pueblo soviético, había sido cariñosa y cordial hasta hace poco. El proceso de renovación debía corregir también en este aspecto, lo que de falso había hecho el régimen anterior.

ERRORES DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

Pero ¿cómo lograr todo esto? De nada servían las plúmbeas máximas propagandísticas, ni los entusiastas y retóricos discursos sobre el respeto y el amor a la Unión Soviética. Era necesario comenzar de otra forma, de una forma más digna de crédito, más sencilla y más humana. Era necesario hablar claramente de distintos errores y deficiencias, presentes en la vida y en la política soviética, desde la Segunda Guerra Mundial. En fin de cuentas, no es posible ganar la confianza, la comprensión y el amor, si no es por la apertura y la confianza.

En el plano de lo formal, contribuyeron nuestras actividades políticas y culturales, a intensificar, a partir de enero, nuestra vinculación con la Unión Soviética y con otros países socialistas. *Pero, fuera del plano de lo formal, eran necesarias además la amistad y la vinculación sobre el sólido fundamento de una actitud libre y crítica, apoyada en una confianza reci-*

proca, libre y abierta al mismo tiempo. Había que librar al semblante humano de su forzado formalismo y de los "slogans". Pensemos en Ludvik SVOBODA y en Alexander DUBCEK, que eran más adictos al pueblo soviético, que la mayoría de los que hablaban pomposamente sobre el amor a la Unión Soviética, pero se comportaban prácticamente sin adhesión ni auténticos sentimientos.

¿QUIÉN SE ALEGRÓ?

Era necesario describir brevemente el trasfondo de nuestra situación histórica y de los últimos acontecimientos, para comprender, en forma sencilla y humana, lo que significa para nuestro pueblo el 21 de agosto. Este día es seguramente de suma importancia política y de proyección internacional. Quisiera mostrar en estos momentos lo profundamente que afectó a nuestros sentimientos de humanidad. Este día representa a buen seguro un "shock" que no admite reparación, precisamente para los verdaderos socialistas y amigos del pueblo soviético.

Si hubo alguno que se regocijara con motivo de la ocupación, a buen seguro que fueron los malvados reaccionarios. Posiblemente haya sólo un pequeño grupo en nuestro país. Pero los reaccionarios y anticomunistas del extranjero, así como en los países vecinos y en los lejanos, se sintieron moralmente robustecidos y proclamaron triunfantemente que esto no era sino una muestra del verdadero carácter de la Unión Soviética: incapacidad para comprender al hombre en cuanto tal y presión del poder, disfrazada con el manto de la lucha contra el imperialismo.

Quiero subrayar que fueron precisamente los amigos de la Unión Soviética, quienes quedaron amargamente decepcionados por los resultados de las conversaciones de Cierna y Bratislava. Por nuestra parte, esperábamos unas palabras de humanidad después de varios días de conversaciones. Sabíamos que nuestros representantes se habían dirigido allí llenos de preocupación, pero también con alguna esperanza de lograr convencer a los gobernantes soviéticos del verdadero sentido de nuestro proceso de renovación, que se interpretó tan drásticamente en la Carta de Varsovia. Iban con fe en el peso de los argumentos humanos y de los contactos personales.

VOCES SALIDAS DE LA TUMBA DE STALIN

Estas conversaciones versaron sobre el destino de nuestras naciones. Nuestro pueblo esperaba, con inusitada tensión, el resultado de estas negociaciones. El partido comunista aparecía allí como portavoz, no sólo del auténtico socialismo, sino también de los ideales y esperanzas de nuestro pueblo. Un año antes, eran pocos los que se habían interesado por las conversaciones de nuestro partido comunista con los camaradas del partido soviético. Pero esta vez, nuestro partido comunista no sólo era el partido for-

malmente dirigente, sino también el heraldo vital de nuestros corazones y pensamientos.

Esperábamos unas palabras cálidas y vivas sobre el resultado de las negociaciones. Y, en lugar de esto, nos vimos con los consabidos y fríos lugares comunes del extenso comunicado y con la declaración de Pressburg. Durante aquellos meses, nos habíamos acostumbrado a otra forma de hablar, a la expresión humana y sencilla, incluso en lo concerniente a los asuntos políticos de máxima importancia. Y ahora (con especial claridad en Bratislava) oímos una voz que parecía salida de una tenebrosa cripta, incapaz de convencer, carente de comprensión humana.

Nuestro pueblo se manifestó en contra de ambos documentos, que emitían declaraciones sobre todo menos sobre las cuestiones vitales, que afectaban a nuestro presente y a nuestro futuro. Nos irritamos al no ver respuesta en dichos documentos a los esmeros de nuestros representantes, que en vano se esforzaron por explicar la finalidad por la que habían trabajado nuestros comunistas y en lo que nuestro pueblo iba de acuerdo con ellos. También nos sentimos heridos por otro motivo: las tropas soviéticas, que habían tomado parte en las maniobras terminadas hacía ya tanto, no abandonaron nuestro país mientras no se firmó la declaración de Bratislava.

Pero confiábamos en que aquellos documentos representarían únicamente el cauce de nuestra evolución ulterior, un proceso no interrumpido, según creíamos. Y la visita de la Delegación de la República Democrática de Alemania, presidida por Walter ULBRICHT, que tuvo lugar en Karlovy Vary, un par de días después de las conversaciones de Bratislava, parecía confirmar esta esperanza.

EN VANO PREGUNTÁBAMOS EL PORQUÉ

Una semana después de esta visita, llegaron los ejércitos de ocupación de cinco países socialistas aliados y amigos, incluidas las unidades del ejército de la República Democrática de Alemania. No me siento en condiciones de describir la magnitud de nuestra desilusión, de nuestra pena, de nuestros sentimientos, heridos, humillados y hasta traicionados. Aún hoy nos preguntamos por el sentido de nuestra invasión. Háblese con el hombre de la calle o con un político experto, todos siguen intentando ver el motivo de este ataque nocturno. *¿No estará el motivo real de esta decisión —prescindiendo de los intereses de una superpotencia— en el temor a un socialismo democrático?*

El 21 de agosto se ha grabado en mi mente con colores inmensamente más sombríos, que el 15 de marzo de 1939, día de la ocupación por parte de Hitler. Los nazis eran nuestros enemigos capitales y siempre habían declarado arrogantemente sus verdaderas intenciones con respecto a nuestro país y a toda Europa Oriental. Pero el 21 de agosto cayeron sobre nuestro país nuestros propios amigos y aliados, sin haber sido invitados para ello. Su acción está en contradicción con todos los convenios internacionales, con

los principios de la no intervención en otros países, de la inviolabilidad territorial y la soberanía estatal de los países socialistas.

Atacaron a nuestro país con la pretenciosa afirmación de que no venían como ocupadores, sino como defensores, contra la contrarrevolución. Llegaron a afirmar que venían en interés de la conservación de la paz. La pregunta de sorpresa es: "¿por qué?"; y esta pregunta que se formuló en todo el país a los soldados de los ocupantes, era expresión de nuestra imposibilidad para comprender el sentido, la prudencia y la credibilidad de este desafortunado suceso.

También nos sentimos heridos y turbados por la afirmación de que habían venido, movidos por el deseo de algunos representantes del Estado y del partido. Pero la única prueba de ello estaba en un escrito sin firma, redactado por personas desconocidas, en el que se pedía a algunos Estados del Pacto de Varsovia, que intervinieran en contra de la amenaza de una contrarrevolución y del peligro de una agresión imperialista.

El nombre de los autores sigue en la oscuridad. Y aquellos sobre quienes recayó la sospecha de haber actuado a espaldas del gobierno, negaron haber tomado parte en tal empresa. Hubieran sido considerados por nuestro pueblo como colaboracionistas, más aún, como traidores a nuestra nación.

En aquella noche siniestra, fueron eliminados a la fuerza y encarcelados los más altos representantes del gobierno, de la Asamblea Nacional y del partido. Se trata de personas que habían sido elegidas legalmente para ocupar sus puestos y estaban respaldadas por la confianza casi unánime del pueblo checoslovaco. En la historia moderna de nuestra nación, apenas si hay estadistas que hayan gozado de tal confianza y adhesión, como aquellos contra los que se cometió el odioso acto de la noche del 21 de agosto.

Hasta el Presidente SVOBODA fue aislado. Se le prohibió tomar contacto con los demás gobernantes encarcelados en Praga.

La dignidad y la sensibilidad de nuestro pueblo se vieron casi más heridos por la forma como los invasores procedieron con nuestros queridos y prestigiosos gobernantes, que por la misma ocupación. En vano procuramos explicarnos que aquellos hombres que habían venido a título de amigos y defensores pudiesen actuar de una forma tan necia psicológicamente.

UNIDAD DEL PUEBLO

Los autores de la ocupación han cometido una falta que políticamente resulta imperdonable. Han fallado en sus cálculos. Pensaban encontrar una escisión en el seno del pueblo y del partido comunista y creían que podrían privar de su influjo al gobierno de CERNIK, al partido de DUBCEK e incluso a la Asamblea Nacional de SMRKOVSKY y sustituirlos por las adictas marionetas de los gobiernos de ocupación.

Pero, en lugar de esto, se vieron frente a un pueblo tan unido en sí mismo y tan identificado con el partido comunista, que fracasaron todos sus intentos y degeneraron en una bancarrota que históricamente no se puede olvidar.

Después del viaje del Presidente SVOBODA a Moscú, el día 23 de agosto, temían algunos que este viaje terminara en una capitulación, provocada por una voluntad ya debilitada. Sin embargo, los días de su estancia en Moscú pasarán a la historia de nuestra nación como días de valor, decisión y lealtad con sus colegas en el gobierno, parlamento y partido. No conocemos todas las incidencias de las negociaciones de nuestro Presidente con los dirigentes políticos de la Unión Soviética. Sabemos únicamente que se hicieron esfuerzos desesperados para obligarle a desentenderse de los estadistas encarcelados y para que los privara de una gran parte de sus funciones. Estos intentos fracasaron.

Por muy dolorosa que sea la tragedia y prescindiendo de los compromisos impuestos a nuestros dirigentes, es causa de honor para nosotros el que no solamente se liberara a nuestros estadistas encarcelados —merced a la prudente y noble resolución de nuestro Presidente—, sino que se les llamara a tomar parte en las negociaciones y el que, después de muchas horas de agotadora lucha, volviesen para hacerse cargo nuevamente de sus funciones. *Nuestros gobernantes hubieron de ceder a la presión de que fueron objeto y hacer algunas concesiones, pero moralmente se alzaron con la victoria.*

En este punto, podemos observar una cierta diferencia entre nuestra situación en Checoslovaquia, el día 21 de agosto, y los sucesos de Hungría, en octubre de 1956. En Hungría, se escindió la dirección del partido y una parte del ejército se puso realmente de parte de la contrarrevolución. En todo el país dominaba una situación caótica, con derramamientos de sangre, muerte, con una nación dividida y una victoria pasajera de la contrarrevolución; además, se firmó una declaración formal, por la que se retiraban del Pacto de Varsovia y hubo quien pidió en voz alta la reimplantación del sistema capitalista.

En nuestro país, por el contrario, se fue robusteciendo por horas la unidad del pueblo; los sindicatos, las clases obreras, los campesinos, el ejército, las fuerzas de seguridad pública, las milicias populares, los intelectuales, la juventud, los checos, los eslovacos y otras nacionalidades, apoyaron íntimamente al partido socialista y a los gobernantes deportados. Sólo un puñado de hombres, los pocos que estaban dispuestos a aceptar la ocupación, desaparecieron de la escena pública.

NADA DE CONTRARREVOLUCIÓN

La semana del 21 al 27 de agosto es un período glorioso de nuestra historia. La unidad de nuestro pueblo se hizo cada vez más apretada a la vista de los carros de combate y de las ametralladoras. El personal de la radio consiguió establecer, desde el primer momento de la ocupación, una red de comunicaciones, con el fin de que las distintas regiones de la República pudiesen estar informadas cada hora sobre los acontecimientos internos, sobre las reacciones frente a la ocupación en el extranjero, sobre las necesidades de nuestra industria y de nuestro comercio, e incluso sobre

los menesteres diarios, familiares y domésticos. Pero hasta esta magistral habilidad de nuestro servicio de radio fue interpretada, por los ocupadores, como prueba de que la contrarrevolución venía preparándose desde tiempo atrás y de que había dotado a nuestro país de aparatos emisores importados del extranjero.

Yo mismo analicé cuidadosamente la justificación oficial de la ocupación, aparecida en la prensa de las potencias ocupantes y me llené de desolación, al ver cómo interpretaban lo que había sucedido en mi país.

ECUACIÓN CON VARIAS INCÓGNITAS

He dicho todo esto, para expresar de algún modo la hondura de nuestra amargura moral, de nuestra desilusión y oprobio. Los daños materiales, ocasionados por la ocupación, ascienden a miles de millones. El número de muertos (más de 70) y heridos nos llena de dolor.

Sabemos que nuestros sufrimientos y pérdidas materiales no guardan proporción con las horribles pérdidas y sufrimientos del pueblo de Vietnam y de muchos otros países del Tercer Mundo (Indonesia, Biafra, etc.). Sin embargo, el hecho de habernos visto ocupados por nuestros amigos y aliados, de que nuestros gobernantes hayan sido humillados de una manera tan brutal y que se hayan hecho tantos esfuerzos para hacernos creer que la ocupación era inevitable, es algo que nos deja con las heridas al vivo, y sus cicatrices no desaparecerán en los próximos años.

Todavía no conocemos todo el contenido de las negociaciones del 26 de agosto, en Moscú. Tampoco conocemos lo que propiamente entienden por "normalización", como condición para la retirada de las tropas de ocupación. Estamos decididos a seguir adelante con nuestro proceso de reforma, con la implantación de un socialismo popular. *Para nosotros no hay posible retroceso a la sociedad burguesa.*

Nuestro Estado seguirá siendo socialista en el pleno sentido de la palabra. Pero queremos llenar este socialismo con todos los grandes valores culturales y morales de la libertad, la igualdad y el verdadero humanismo. Estamos decididos a hacerlo y dispuestos también a hacer y soportar — si es necesario — cualquier sacrificio.

Pero ¿quién sabe lo que los dirigentes políticos de las cinco potencias ocupantes entienden por "normalización"? Nos vemos precisados a operar con una ecuación de varias incógnitas. Es el miedo que enturbia nuestras esperanzas. Es el interrogante que se cierne sobre nuestras conversaciones en torno al mañana y a los días que seguirán.

¿QUÉ DEBEMOS HACER?

Todavía no he llegado al final de mis disquisiciones. Estamos ante el problema de lo que debemos hacer en nuestra Conferencia cristiana para la paz. No he explicado tan detenidamente mi actitud y la de mi pueblo,

respecto a los sucesos de agosto, con el fin de emitir un juicio definitivo. Lo he hecho con el fin de precisar clara y abiertamente, ante nuestro círculo de trabajo, mi visión de los recientes acontecimientos y para incoar una discusión real y concreta sobre lo que debemos hacer en el futuro.

Ésta puede ser la ocasión propicia para deponer toda clase de formalismos en nuestras deliberaciones, para liberarnos de los juicios *a priori* y de los prejuicios y para determinar, con la mayor claridad posible, la situación en la que nos encontramos ahora.

No puedo olvidar el comunicado de Cierna y la declaración de Bratislava, que me parecen dos modelos repulsivos del formalismo inhumano y del intento de encubrir, por medio de discursos pomposos, el verdadero meollo de lo que indujo a unos hombres a reunirse y de lo que trataban de discutir. Mi pregunta dice así: ¿No hemos obrado, también nosotros, de forma parecida? ¿No hemos preparado de antemano nuestros comunicados y resoluciones a problemas y sucesos que aún no habíamos tratado?

La crisis de agosto debe conmover también *nuestros* propios métodos y hábitos. Creo haber dilucidado lo esencial de la crisis, tal como nosotros la experimentamos. Por debajo de los acontecimientos políticos, militares y diplomáticos, fueron nuestros sentimientos de humanidad los que verdaderamente se vieron heridos.

La crisis política se presentó como crisis de nuestras relaciones humanas. Entonces vimos que la comunidad entre los Estados socialistas de Europa Oriental había perdido la dimensión en profundidad de la confianza humana y de la comprensión recíproca; los intereses del poder, de la estrategia, de la táctica y del prestigio habían sustituido a la confianza y a la comprensión.

Creíamos que la comunidad socialista reposaba en un humanismo de mayor alcance que el de la comunidad formada por los Estados burgueses, con sus intereses económicos, financieros y del poder. Yo mismo he defendido a menudo, en los círculos ecuménicos, la estructura de los estados socialistas, contra la opinión que presenta al Occidente, como basado en el principio de la "sociedad abierta", con crítica libre y libre responsabilidad, en oposición a la sociedad socialista que, según dicen, únicamente es capaz de funcionar a las órdenes de un régimen totalitario.

He advertido que la llamada "sociedad abierta" está gobernada y manipulada por fuerzas anónimas, de naturaleza económica y financiera, por el poder anónimo de "control", ejercido por los grandes monopolios capitalistas y sus representantes, que persiguen la única finalidad de impulsar su propia clase social y sus intereses materiales, bajo el velo de una libertad política formal. Y he sostenido que en la sociedad socialista hay más iniciativa privada y más responsabilidad personal, un ámbito mucho más amplio para las decisiones personales, de lo que puede parecer a quien lo observe superficialmente. No renuncio a este parecer. Pero a la luz del 21 de agosto y de los acuerdos de Cierna, Bratislava y Moscú, comprendo que los países socialistas han caído víctimas del peligro de un frío formalismo, de la estrategia política y de los intereses del poder.

¿Qué debemos hacer? ¿Hemos de sentirnos forzados a ver en la "nor-

malización" la sepultura de nuestras ansias de libre humanidad y de un socialismo vivo, creador y humano?

También esto lo hemos de discutir en común y preguntarnos qué podemos hacer, como miembros de nuestra comunidad cristiana para la paz, con el fin de contribuir a la depuración de la atmósfera, para que podamos respirar con holgura, a la renovación de la confianza humana y de la sinceridad, a la simplificación de lo que nos decimos los unos a los otros. *Tal vez llegue a ser ésta la oportunidad adecuada para comenzar por donde hace ya tiempo que debiéramos haber comenzado, es decir, por intentar ser sinceros, directos y sencillos en nuestras relaciones con los hombres, en auténtico amor e intrépida esperanza.*

En esto veo yo, más viva que antes, la urgencia de nuestro trabajo como cristianos creyentes. Antes éramos conscientes del abismo que separaba a los cristianos encuadrados en diversos sistemas económicos. Estos prejuicios sociales y políticos eran, así como las tradiciones de nuestros respectivos países, más fuertes que nuestra comunión en el Evangelio.

Ahora, en cambio, estamos ante un abismo de separación, que probablemente se ha abierto únicamente entre cristianos de la misma filiación política. ¿Seremos capaces de superarlo? Insisto en mi pregunta: ¿lograremos encontrar un lenguaje común, y dejar de lado todas las consideraciones propagandísticas y tácticas, para ver así la situación histórica con apertura humana, sin engañarnos a nosotros mismos y sin oportunismos inconfesados y calculadores?

No he pretendido emitir ningún juicio definitivo en estas explicaciones. Únicamente pretenden servir de acicate para que demos un paso hacia adelante en dirección a lo que constituye el núcleo de las relaciones humanas y de la comunidad espiritual.

NUEVOS PROBLEMAS DE TRABAJO

Este paso hacia la confianza ilimitada, hacia la solvencia absoluta y hacia la comprensión reviste tal importancia, por la sencilla razón de que únicamente la unidad interna de nuestra comunidad puede prepararnos para las difíciles tareas que nos aguardan. *La situación internacional no es más sencilla que hace un decenio, cuando comenzábamos nuestro trabajo. Tengo la impresión de que a partir del 21 de agosto, se ha vuelto más complicada y peligrosa.*

Muchos de los que han luchado, llenos de ilusión, por la comprensión entre los pueblos y que buscaron apoyo precisamente en el campo socialista, se sentirán desorientados por las dudas, y algunos de ellos por la desesperación. La Unión Soviética, en cuanto salvaguardia de la paz y de la liberación social, aparecerá a sus ojos como una estructura de poderío, que no se diferencia esencialmente de otras muchas estructuras de poder, montadas en nuestro planeta.

Esto es una gran desgracia. La lucha contra la política americana en el Vietnam resultará paralizada, moral y humanamente, por este 21 de agosto.

Es preciso decirlo con toda claridad, no precisamente para robustecer las posiciones antisoviéticas, sino para dar expresión a nuestro dolor y para preguntar lo que debemos hacer, a fin de revitalizar la autoridad de este gran país a los ojos de los hombres que desean el progreso, o al menos, para que no se pierda del todo.

¿Qué clase de palabras deberemos emplear y qué métodos pacíficos hemos de aplicar con convicción, si nos alineamos con los que luchan contra la arrogancia de los Estados poderosos, y con los que pretenden ayudar a los pueblos de Vietnam, del Próximo Oriente, de Biafra y de América del Sur? ¿Será hacedero luchar contra el capricho de los poderosos, sin mentar al mismo tiempo lo que sucedió el día 21 de agosto?

Este día ha tenido la virtualidad de desvelar completamente el peligro que amenaza a hombres de todos los continentes: el peligro de que un Estado poderoso, armado con todos los recursos bélicos, un Estado de gran número de habitantes y extenso territorio, se arroge el derecho de decidir déspotamente, aunque de acuerdo con sus propios intereses e ideas, sobre los que son débiles y no disponen de medios suficientes para defenderse a sí mismos. Tal Estado se erigirá a sí mismo en árbitro de lo lícito y de lo ilícito, de lo recto y de lo equivocado; ni las leyes internacionales, ni la Carta de las Naciones Unidas bastan para contener tal avalancha.

El efímero equilibrio entre las grandes potencias ha ejercido en realidad un efecto destructor sobre la ética de las relaciones internacionales y es, en fin de cuentas, motivo de nuevas crisis y catástrofes, aunque a veces lo hayan presentado como garantía de la seguridad mundial y de estabilidad. ¿No ha quedado privado de su contenido y de su perspectiva el principio de la coexistencia pacífica—un principio que incluso en nuestro trabajo hemos proclamado tan a menudo—en virtud de este 21 de agosto?

Sigo fiel a lo que escribí en el Memorándum destinado a la Tercera Asamblea pancristiana para la paz, es decir, que aún estamos totalmente comprometidos en la lucha internacional de clases. Creo, como decía en mi Memorándum, que ninguna gran potencia puede decidir continuamente por sí sola sobre las naciones pequeñas o medianas. Pero la situación se ha vuelto más complicada y confusa.

Hasta la palabra "revolución" tiene hoy doble sentido. Nosotros habíamos considerado como paso revolucionario hacia un socialismo creador y verdaderamente humano, el cambio introducido en nuestra vida política a partir de enero de 1968. Y ahora se llama contrarrevolución a lo que era para nosotros un paso realmente valeroso. No quiero negar que nuestro paso revolucionario fuera un riesgo, lleno de grandes dificultades. Se había tolerado y apoyado al antiguo régimen, que oprimió muchas fuerzas vivas del socialismo. ¡Y ahora llaman contrarrevolución a la solución del problema!

Es necesario analizar exactamente nuestra situación nacional e internacional, a la luz de nuestra fe libre en el Evangelio, para decir algo convincente y eficaz en la práctica.

AUTOCRÍTICA

En la carta que va al comienzo del Memorándum, escribí que “el amor de nuestro pueblo se convertirá en odio y que nuestros amigos más allegados serán enemigos para nosotros”. Sigue existiendo este peligro, aunque en momentos de relativa paz llegue a perder algo de su enorme acritud. Están comprometidas, tanto la comunidad de los países socialistas de Centroeuropa y Europa Oriental, como la colaboración de nuestras iglesias.

También está en juego la confianza en la Conferencia cristiana para la paz; se verá expuesta a dura crítica, no sólo por parte de nuestros enemigos, sino también por parte de nuestros amigos y de los que nos miran con simpatía. El odio no puede ser la última palabra, ni en la comunidad espiritual, ni en la política, ni en la lucha cultural. Hemos de concentrar nuestra atención en esta tarea. La comunidad formal y la oficial son insuficientes. Las palabras piadosas, con las que tantas veces hemos encubierto nuestras contradicciones, nuestras insuficiencias y pecados, solamente llevan a la hipocresía.

Hemos de considerar detenidamente nuestras relaciones de entonces y dedicarnos a localizar nuestras deficiencias en la vida del espíritu, en nuestra solvencia y en nuestras acciones.

Trabajamos en dos planos, que a veces chocan entre sí en nuestro movimiento, a veces confluyen y a veces se separan radicalmente. A veces nos reunimos como ciudadanos de nuestros respectivos Estados, o de nuestros respectivos ámbitos culturales, y a menudo dialogamos—con frecuencia bajo el manto oficial del cristianismo—como portavoces y representantes de nuestro medio cultural y político. Acaso no pueda ser de otra forma. Cada uno de nosotros lleva en sí la impronta de nuestras tradiciones nacionales y de nuestro ambiente sociopolítico. Pero también nos presentamos como miembros de nuestras iglesias y como seguidores del Evangelio; por una parte, procuramos robustecer la comunión con los que siguen la fe cristiana, y por otra, procuramos también considerar los acontecimientos que se cumplen en nuestro alrededor, no sólo a la luz de nuestra herencia civil y profana, sino también a la luz del testimonio bíblico. Muchas veces nos engañamos a nosotros mismos.

Encubrimos con nuestra terminología cristiana, nuestros prejuicios políticos e intereses nacionales o nuestros enfoques puramente personales. Tal vez hagan todos otro tanto. Ni yo mismo me excluyo de ello. *En el futuro de nuestra actividad, nos veremos obligados—si queremos realizar un trabajo fructífero por la humanidad—a ser mucho más exigentes unos con otros.* Y también nos veremos forzados a tener el valor de sacar a luz las diferencias de opinión existentes en el seno de cada iglesia o de cada delegación nacional.

(Muchas veces hemos llegado a nuestras reuniones o conferencias con ciertos pareceres y cometidos que—directa o indirectamente—nos habían sido impuestos desde fuera. Hemos obrado como si tuviéramos la obligación

de imponer a la fuerza y por encima de todo, estos pareceres y cometidos y no hemos tenido el valor de escucharnos unos a otros y de tomar nuestras decisiones libremente, en un diálogo real. Otras veces, carecimos del valor necesario para depositar libremente nuestro voto, por muy convincentes que fuesen los argumentos aducidos contra nuestras convicciones y opiniones. Nuestra actividad en las iglesias cristianas ha perdido mucho de su influjo.

Hemos llegado a constituir, sin duda, una institución ecuménica que goza de reconocimiento. Pero subsiste el problema de si esta misma institucionalización no habrá mermado nuestra autoridad espiritual, nuestra capacidad de convencer a otros y también nuestra eficacia práctica. Estamos dispuestos a discutir esto con verdadero dominio de nosotros mismos y sincero pesar. Yo mismo me siento en el deber de preguntarme si he hecho siempre lo que debía, si no habré cometido graves faltas y errores.)

LA NUEVA SITUACIÓN

Finalmente, quiero subrayar de nuevo que es necesario encontrar una nueva coincidencia en las bases comunes de nuestra actividad, que es necesario robustecer de nuevo nuestra comunidad, y reconocer y valorar *con toda apertura, lo que de nuevo hay en la actual situación histórica, con todos sus cambios, sus dificultades, sus peligros, manifiestos y latentes, para hoy y para el mañana.*

Sobre esta base común y en nuestra comunidad espiritual, habrá de fijarse cada uno de nosotros en las condiciones y sucesos de este país y averiguar en qué consiste para él la tarea más urgente. Nos veremos enfrentados, en nuestra esfera sociopolítica, al problema del socialismo democrático. Quisiera subrayar las dos últimas palabras.

De lo que realmente se trata, es del verdadero socialismo, no solamente de un sentimiento de filantropía social. Y se trata realmente de la democracia, en sus dimensiones morales, espirituales, humanas y culturales, en su libertad, justicia, responsabilidad personal y capacidad creadora en el orden cultural. En esto consiste nuestra misión, que sobrepasa los linderos de nuestro sector personal y propio.

Socialismo quiere decir progreso en la evolución social y política. El mortífero poder del capital debe resquebrajarse, indistintamente de las condiciones que sea preciso crear para garantizar la seguridad personal y la dignidad humana de todos los hombres, sean jóvenes o viejos.

Pero el socialismo puede convertirse también en un sistema monolítico de poder, en el que los intereses del hombre que trabaja, queden supeditados al poder y a las exigencias del Estado y en el que el individuo venga a parar, en fin de cuentas, en simple rueda de una gigantesca maquinaria.

La plenitud de lo humano es inconcebible sin madurez personal, sin libertad, y sin cooperación responsable y creadora en el quehacer común. Nuestro pueblo ha ensayado la síntesis de verdadero socialismo y de verdadera libertad personal y de madurez cultural. Si nos viéramos obligados a

detenernos en este camino, se originaría un estado anímico de escepticismo, cinismo, apatía e irresponsabilidad, o en otro caso, se vería intensificado. Una nueva generación de jóvenes caería víctima del apático sentimiento, de que cada iniciativa o progreso de los débiles se castiga con poder por parte de los fuertes.

Nuestros amigos de otras partes del mundo tendrán sus propias tareas que reclaman urgente solución. En África, América del Sur y Asia se plantean problemas sociales, políticos y morales que se diferencian esencialmente de los nuestros. Al realizar nuestro trabajo, hemos de coordinar nuestros cometidos especiales, de forma que nos sea posible escucharnos mutuamente y preguntarnos a nosotros mismos en qué puntos estamos ante problemas comunes a todos: problemas de la vida personal y pública, problemas que nos unen por encima de las fronteras de nuestras iglesias, sentimientos, razas y culturas.

Tal vez lleguemos a ver cuán íntimamente unidos estamos en una comunidad, en una familia humana, y de qué forma es para nosotros el Evangelio fuente de energía vital, de confianza, alegría y esperanza."

RESPUESTA DE NIKODIM, METROPOLITANO DE LENINGRADO

Algunos de los que tomaron parte en la sesión de la Conferencia cristiana para la paz, celebrada en París a principios de octubre, contradicen la afirmación de que el Memorándum de Hromádka fuese desgarrado "literalmente" por el Metropolitano NIKODIM, ante la Asamblea de la Conferencia. Pero simbólicamente sucedió esto en una carta firmada por NIKODIM, Vicepresidente de la Conferencia mencionada, y otros destacados funcionarios de la misma, pertenecientes a la iglesia ortodoxa rusa, entre los cuales figuran el Metropolitano PHILARET, de Kiev (miembro del grupo de trabajo de la Conferencia) y A. S. BOUEVSKY (miembro del secretariado internacional de la misma). La carta fue aprobada también por el Arzobispo luterano TOOMING, de Estonia, y por el pastor A. N. STOYAN, del Consejo universal de unión de los anabaptistas cristianos del evangelio (miembro del grupo de trabajo del secretariado internacional de la Conferencia). Lo esencial de la carta dirigida a HROMÁDKA es como sigue:

"No estamos de acuerdo con algunas expresiones realmente inadmisibles, que formula en su Memorándum. Es evidente que, al hacer ciertas advertencias, se ha dejado guiar exclusivamente por su excitación emocional, por ejemplo, cuando habla de la "crueldad" de los sucesos registrados en Checoslovaquia. Sus alusiones a la guerra fría significan no sólo una ofensa irrogada a los pueblos de los cinco países socialistas aliados, sino también una interpretación tendenciosa del curso de los acontecimientos en la posguerra.

Su Memorándum no expresa tanto los hechos, cuanto una valoración subjetiva de usted. Al dejar de mencionar lo que el Presidente SVOBODA y el Secretario del partido, DUBCEK, declararon el 13 de septiembre, por

ejemplo, sobre sus conversaciones en Moscú, adopta usted un criterio que no va en consonancia con los acuerdos entre la Unión Soviética y Checoslovaquia, sino que está al servicio de aquellas fuerzas que no desean la normalización de la situación en este último país.

Al redactar el Memorándum, no tuvo usted en cuenta, que usted mismo no es un miembro normal de la Conferencia cristiana para la paz, sino su presidente, y en cuanto tal, debería prescindir de todo aquello que se pudiese interpretar como si tratase usted de imponer a otros sus interpretaciones subjetivas y su juicio personal. No acabamos de comprender por qué hace usted alusiones a las ideas de MASARYK, en relación con lo que usted mismo dice acerca de las "virtudes soviéticas". Precisamente porque usted conoce el pueblo soviético, debería saber, que su carácter más destacado es la de albergar un sincero deseo de paz y amistad.

Sin embargo, usted toma en su Memorándum una actitud de condescendencia—y en este sentido ofensiva—frente al hombre soviético, que usted hace aparecer como inferior moral y culturalmente. Al parecer, es para usted imposible ver en el hombre soviético de hoy el mismo valor que admira en personalidades como PUSCHKIN, DOSTOIEWSKI, TOLSTOY y otros que usted mismo menciona. Por lo visto no puede usted imaginarse que también los soviéticos de hoy pueden registrar grandes éxitos en la ciencia y en la técnica, éxitos de los que están orgullosos, así como de su irrefrenable impulso hacia una vida más humana. Usted está dispuesto a reconocer las propias faltas y es capaz de hacerlo.

Mientras usted se dedica a buscar explicaciones al "sombrio fenómeno" del stalinismo, la vida en el socialismo continúa y sigue registrando nuevos progresos que antiguamente hubieran sido coartados. Lentamente, pero con pie firme, sigue el camino que lleva a una nueva libertad y humanidad, que tal vez no sea perfecta en sentido cristiano, pero más moral en todo caso que el mundo antiguo.

Es cierto que según usted hay "un nuevo edificio socialista", pero también dice luego que falta el "nuevo hombre socialista" que pudiera habitarlo. ¿No sería mejor reconocer, en lugar de esto, el indiscutible progreso hacia una más alta dignidad humana, lo que precisamente caracteriza a la sociedad socialista? No pretendemos desprestigiar la importancia de las reformas introducidas en Checoslovaquia a partir de enero de 1968. Pero si pensamos con calma y sin emoción en el futuro, vemos claro que los sucesos del 21 de agosto de 1968, son la consecuencia natural de la mutua ordenación y dependencia de los países socialistas. En este sentido reconoce usted, ciertamente, el deseo de los "comunistas que piensan" respecto a un diálogo con los que piensan de otra forma, pero al mismo tiempo reparte usted calificaciones sobre quién es en este sentido un "buen comunista".

Sobre los acontecimientos registrados en Checoslovaquia ha emitido ya un juicio claro el Patriarca ALEJO; no necesitamos repetirlo aquí, ni tampoco pretendemos discutir sobre su modo de enjuiciar, estrictamente personal, el socialismo en Checoslovaquia. Pero hemos de dejar asentado, que lo que usted escribe sobre el socialismo en la Unión Soviética, demues-

tra un deficiente conocimiento de la realidad y una actitud negativa, fruto de los prejuicios. En esta cuestión, no podemos ver en usted a un crítico objetivo.

Por lo demás, es de lamentar que usted haya exteriorizado en su documento tantos pensamientos, carentes de base seria y objetiva. Lo que en todo caso nos resultaría humanamente comprensible, si usted hubiese escrito su Memorándum en el mismo estado de excitación interior que le inspiró su carta al Embajador. Pero desde entonces habían transcurrido ya varias semanas. Y un estado de "desilusión y amargura" no es apropiado para escribir un Memorándum oficial.

Lo que, en consecuencia, ha resultado, no puede favorecer el prestigio de la Conferencia cristiana para la paz y socava la confianza en usted como presidente. Por lo que quisiéramos dejar firmemente asentado, que este documento carece totalmente de obligatoriedad para dicha Conferencia, cuyos miembros no están dispuestos a tolerar que les impongan una opinión personal.

Esperamos que usted reconsidere su opinión con calma bajo este aspecto, para bien de nuestras comunes tareas en la Conferencia cristiana para la paz."